

Dr. Robert A. Peterson, Cristología, Sesión 5, Cristología patrística, Parte 4, El monofisismo y el Concilio de Calcedonia

© 2024 Robert Peterson y Ted Hildebrandt

Les habla el Dr. Robert Peterson en su enseñanza sobre Cristología. Esta es la sesión 5, Cristología patrística, Parte 4, El monofisismo y el Concilio de Calcedonia.

Oremos juntos, Padre misericordioso, mientras pasamos del estudio de la Cristología de la iglesia antigua al de la teología moderna.

Ayúdanos a probar todas las cosas con tu santa palabra, te lo rogamos, por Jesucristo nuestro Señor, Amén. Estamos concluyendo la Cristología Patrística, encaminándonos hacia el Concilio de Calcedonia y sus conclusiones, pero hay una herejía más con la que lidiar y es el Monofisismo o Eutiquianismo . No creo haberte dicho antes por qué a nosotros, los profesores y los profesores jubilados, nos gustan estas grandes palabras.

Nos gustan porque nos mantienen empleados porque nos necesitan. El monofisismo se identifica con Eutiquio, 380-456, un presbítero y líder de un monasterio en Constantinopla, que fue condenado en Calcedonia en 451. Eutiquio enseñó que, como resultado de la Encarnación, la naturaleza humana de Cristo fue tomada, absorbida y fusionada con la naturaleza divina de modo que ambas naturalezas se transformaron en una nueva naturaleza, una naturaleza que ahora era una especie de compuesto divino-humano.

Esta visión también se llama monofisismo , ya que sostiene que el Cristo encarnado tenía una naturaleza, Manos, Fosis , no dos. Por lo tanto, esto lo convierte en un híbrido, ni Dios ni hombre. La visión de Eutiquio es básicamente una versión de la cristología de la palabra carne.

Como señala Sanders, para Eutiquio, el significado de las dos naturalezas, cita, no produce una tercera sustancia igualmente identificable como divina y humana. Como la divinidad es infinitamente mayor que la humanidad, el resultado de la mezcla eutiquiana de naturalezas no es un compuesto uniforme sino un Cristo mayoritariamente divino. Aunque esta visión es diferente del apolinarismo, el resultado es similar en el sentido de que en esta nueva naturaleza tenemos una divinidad abrumadora y una humanidad sumergida.

Probablemente de manera más coherente, los monofisitas posteriores insistieron en que la unión de dos naturalezas daba como resultado un tertium quid, un tercer algo distinto, literalmente, un tercer algo que no era ni divino ni humano. Pero el

resultado de toda forma de monofisismo es que Cristo no es ni verdaderamente Dios ni verdaderamente hombre, una visión contraria a las Escrituras y que nos deja con un Cristo que no puede redimir: el Concilio de Calcedonia 451, la ortodoxia cristológica.

En octubre de 451, 520 obispos se reunieron en Calcedonia para abordar las disputas cristológicas que se estaban produciendo en el seno de la Iglesia. La mayoría de los obispos de la Iglesia eran de Oriente, sólo cuatro de Occidente, dos del norte de África y dos que eran legados del Papa León de Roma. Sí, la influencia occidental fue grande debido al Tomo de León, una carta que se escribió antes del Concilio y que se incorporaría al Credo de Calcedonia.

Al igual que el Credo Niceno, la definición de Calcedonia (así se llama el Credo) siguió siendo un centro de controversia durante muchas décadas. Pero nunca fue dejada de lado y, como señala Brown, se convirtió en el segundo gran hito de la teología cristiana primitiva. Estableció un estándar imperecedero para la ortodoxia, ya que confesaba la deidad y la humanidad de Cristo en la formulación clásica de dos naturalezas, una persona.

Como tal, rechazó todas las falsas concepciones cristológicas anteriores y presentó una comprensión positiva de la identidad de Cristo en una serie de afirmaciones. Distinguió claramente la naturaleza de la persona. En cuanto a la persona, afirmó que el sujeto activo de la Encarnación, “el único y mismo Cristo”, no es otro que el Hijo Eterno, que es consustancial con el Padre y el Espíritu, pero que ahora ha asumido una naturaleza humana completa de modo que ahora subsiste en dos naturalezas, naturalezas que no se confunden ni cambian, sino que conservan todos sus atributos.

El Credo de Calcedonia, la definición calcedonia dice, y cito, de acuerdo por tanto con los Santos Padres, todos enseñamos unánimemente que debemos confesar que nuestro Señor Jesucristo es uno y el mismo Hijo, el mismo perfecto en Deidad y el mismo perfecto en humanidad, verdaderamente Dios y verdaderamente hombre, el mismo de alma racional y cuerpo, consustancial con el Padre en Deidad y el mismo consustancial con nosotros en humanidad. Semejante a nosotros en todo excepto en el pecado, engendrado del Padre antes de los siglos en cuanto a su Deidad, y en los últimos días el mismo por nosotros y por nuestra salvación, engendrado de la Virgen María, la Theotokos, la portadora de Dios, en cuanto a su humanidad, uno y el mismo Cristo, Hijo, Señor, unigénito, dado a conocer en dos naturalezas, sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación. Los dos primeros son contra el eutiquianismo o monofisismo, sin confusión, sin cambio.

Los dos segundos son contra el nestorianismo, sin división, sin separación. La diferencia de las naturalezas no se elimina de ninguna manera a causa de la unión, sino que la propiedad de cada naturaleza se conserva y se fusiona en una prosopon y una hipóstasis, una persona, no dividida ni dividida en dos prosopopersonas, sino un

solo y mismo Hijo, unigénito, Verbo divino, el Señor Jesucristo. Como los profetas de la antigüedad y el mismo Jesucristo nos han enseñado acerca de él, y el credo de nuestros padres nos lo ha transmitido. "Cerrar cita.

La importancia de Calcedonia y sus principales puntos cristológicos. ¿Por qué es importante Calcedonia? Por esta razón, buscó resumir y abordar todos los problemas que habían plagado a la iglesia con respecto a la identidad de Cristo. Buscó frenar la especulación, aclarar el uso del lenguaje entre Oriente y Occidente y, como tal, actúa como una declaración definitiva defensiva, perdón, y una hoja de ruta para toda la reflexión cristológica posterior.

Ojalá hubiera sido así. Ya veremos que en la época moderna se rechaza con frecuencia y lo que se pone en su lugar no es bueno. Hay cristologías desde abajo y Jesús es un simple hombre, por grande que sea.

Calcedonia argumentó contra el docetismo, el adopcionismo, el modalismo, el arrianismo, el apolinarismo, el nestorianismo y el monofisismo, uno a la vez. Argumentó contra el docetismo. El Señor Jesús era perfecto en humanidad, hombría, humanidad, verdaderamente hombre, consustancial, homoousiano, con nosotros según su humanidad y nacido de María.

Calcedonia argumentó en contra del adopcionismo. Sostuvo que el Logos era un ser personal, engendrado por el Padre antes de los siglos, no un ser humano en el que Dios vino y habitó y le dio poder, no, Dios lo adoptó, no. El Hijo siempre fue el Hijo del Padre, el Padre siempre fue el Padre del Hijo.

El modalismo, que distinguía al Hijo del Padre, tanto por los títulos de Padre e Hijo, como por su referencia a que el Padre había engendrado al Hijo antes de los siglos. El arrianismo, que afirmaba que el Señor Jesús era perfecto en deidad, verdaderamente Dios. El apolinarismo, que confesaba que el Señor Jesús era, cito, verdaderamente hombre de alma y cuerpo racionales, consustancial con nosotros según su humanidad en todas las cosas, semejante a nosotros.

Recuerden, Apolinarismo dijo que Jesús tomó un cuerpo humano pero no un alma humana. El Logos ocupó ese lugar en Jesús. Por lo tanto, el apolinarismo niega la humanidad completa de Cristo y, por lo tanto, amenaza nuestra salvación porque el Redentor tuvo que ser Dios para poder salvarnos y tuvo que convertirse en un ser humano para poder salvarnos a nosotros, sus semejantes, si es que lo fuéramos, por así decirlo.

Jesús nunca fue sólo un ser humano, sino que se convirtió en un ser humano genuino, asumió una naturaleza humana genuina. El nestorianismo afirmó a María como Theotokos, portadora de Dios, no para exaltarla, sino para afirmar la

verdadera deidad de Jesús y el hecho de una encarnación real. El niño que ella llevaba en su vientre era Dios.

Él era el embrión de Dios, el feto de Dios, el bebé de Dios. Increíble. En ese sentido, ella es la Theotokos por la propia providencia de Dios.

Ella fue el vehículo, la madre de nuestro Señor como cuando María fue a visitar a su prima. Ayúdenme aquí. Como cuando María fue a visitar a Isabel, así es, Isabel dijo, la madre de mi Señor, reconociendo aunque no lo entendiera que María, por gracia de Dios, era la portadora de Dios.

No exalta a María ni la convierte en objeto de oración o intercesión o adoración o veneración ni nada parecido, pero enfatiza que el bebé en su vientre era divino. La definición de Calcedonia también hablaba de un solo y mismo hijo y una sola persona y una sola subsistencia, no separada ni dividida en dos personas y cuyas naturalezas están en unión sin división, sin separación. El énfasis en la igualdad es en realidad cansador, opuesto a Nestorio.

El monofisismo confesó que en Cristo había dos naturalezas sin confusión ni cambio, y que las propiedades de cada naturaleza se conservan y concurren en la única persona. Calcedonia fue un logro magnífico.

Cinco puntos captaron el núcleo de la definición. En primer lugar, este es un mensaje, una conferencia sobre los cinco puntos, no del calvinismo, sino de la ortodoxia calcedonia. Hay un pequeño juego de palabras ahí para mis amigos reformados.

En primer lugar, Cristo era verdadera y perfectamente Dios y hombre. Tanto la deidad de Cristo como su humanidad se preservan y enfatizan por igual para que él sirva como nuestro gran sumo sacerdote y mediador y nos gane la salvación. En segundo lugar, la persona y la hipóstasis se consideran una misma cosa.

De este modo, Calcedonia establece una clara distinción entre persona y naturaleza. La persona es considerada como un principio en sí mismo, no deducible de la naturaleza ni como un tercer elemento de la unión de las dos naturalezas. No surge una nueva persona cuando se asume la naturaleza humana, ni tampoco da lugar a dos personas.

En cambio, Calcedonia afirma que la persona de la encarnación es el hijo eterno, la segunda persona de la Deidad. Por eso, más adelante, en el capítulo de Sistemática, enseñaré que la continuidad de la personalidad en Cristo no se da por su humanidad, sino por el hecho de que él es el hijo eterno. Él es el hijo preencarnado y luego se convierte en el hijo encarnado.

La humanidad no es continua. No existía antes de la encarnación. No sólo la deidad es continua, sino también el hijo divino.

No hay otra deidad aparte de él. Por lo tanto, es la persona del hijo la que asume una auténtica naturaleza humana. Además, es una persona, no una naturaleza, la que se hizo carne.

eso la encarnación es un acto personal del hijo que tomó la forma de siervo, Hebreos 2:7, de manera deliberada, voluntaria y sacrificial. Es la persona del hijo quien es el único agente actuante y sujeto sufriente. ¿Implica esto un cambio en el hijo? No en el sentido de que la persona del hijo cambiara su identidad o dejara de ser lo que siempre fue.

Aun siendo el hijo encarnado, siguió poseyendo todos los atributos divinos y desempeñando todas sus funciones y prerrogativas divinas. Sin embargo, una vez más, como bien señala McLeod y cito, hay un cambio real. Un cambio en el sentido de que en Cristo, Dios entra en una gama completamente nueva de experiencias y relaciones.

Experimenta la vida en un cuerpo humano y en un alma humana. Experimenta el dolor humano y las tentaciones humanas. Sufre la pobreza, la soledad y la humillación.

Él prueba la muerte. Antes y aparte de la encarnación, Dios sabía estas cosas por observación. Pero la observación, incluso cuando es omnisciente, no alcanza la experiencia personal.

Eso es lo que la encarnación hizo posible para Dios: una experiencia personal y real de ser humano. Donald McLeod es un cristiano devoto. Habla con reverencia con esas palabras.

En tercer lugar, la naturaleza humana de Cristo no tenía una hipóstasis ni una persona propia. Era impersonal en el sentido de que no había un hombre en quien Dios viniera a morar. La naturaleza humana de Cristo no tenía una hipóstasis ni una persona propia, lo que implica que Jesús no habría existido si el hijo no hubiera entrado en el vientre de María.

Jesús no habría existido si el hijo no hubiera entrado en el seno de María. No había ningún hombre fuera de esta acción divina. Pero como resultado de esta acción, el hijo, que poseía una naturaleza divina desde toda la eternidad, ahora se añade a sí mismo una naturaleza humana con un conjunto completo de atributos humanos, lo que le permite vivir una vida plenamente humana.

Sin embargo, no está completamente limitado ni circunscrito por su naturaleza humana. Por eso, como nos recuerda Fairbairn, los padres de la iglesia hablaron de que Dios el Hijo hacía algunas cosas en cuanto Dios, como Dios, y otras en cuanto hombre, como hombre. La misma persona hacía cosas que eran apropiadas para la humanidad y otras que eran apropiadas o incluso posibles sólo para Dios.

Pero la persona que hizo estas cosas fue el mismo Dios Hijo. Por lo tanto, Jesús es mucho más que un hombre en quien simplemente mora Dios Hijo. Él es Dios Hijo, que vive en la tierra como hombre, y lleva a cabo nuestra redención como Señor.

Una de las consecuencias de Calcedonia, que sin duda es fiel a las Escrituras, es que siempre que observamos la vida de Cristo y nos preguntamos: ¿quién hizo esto? ¿Quién dijo esto? ¿Quién sufrió la muerte por nosotros? La respuesta es siempre la misma: Dios el Hijo. ¿Por qué? Porque no es la naturaleza divina o humana la que actúa y, por lo tanto, hace las cosas.

Más bien, es la persona del Hijo actuando en y a través de sus naturalezas divina y humana. Es el Hijo quien nació, fue bautizado, tentado, transfigurado, traicionado, arrestado, condenado y murió. Fue el Hijo quien derramó su sangre por nosotros para asegurar nuestra salvación.

Es en el Hijo donde se cumplen todas las justas exigencias de Dios, de modo que nuestra salvación es, en última instancia, de Dios. Es el Hijo quien también resucitó de entre los muertos y quien ahora reina como Rey de reyes y Señor de señores. Una vez más, McLeod, te dije que el libro de Donald McLeod, *La persona de Cristo*, fue mi libro de texto obligatorio desde que se publicó.

Citándolo nuevamente, “en él, el Hijo, Dios provee e incluso se convierte en la expiación que Él exige. En él, en su carne, dentro de la finitud de su vida, la finitud de su cuerpo y la finitud de su ser humano, Dios trató con nuestro pecado. Él es un hombre, sin embargo, el hombre de importancia universal, no porque su humanidad sea en algún sentido infinita, sino porque es la humanidad de Dios. En él, Dios vive una existencia verdaderamente humana”. McLeod, *Person of Christ*, página 190.

En cuarto lugar, no hay unión de las naturalezas que oscurezca la integridad de cualquiera de las dos naturalezas. Dentro de Dios el Hijo encarnado, se preserva la distinción entre creador y criatura. No hay mezcla de naturalezas ni transferencia de atributos, comunicación. *idiomatum*, produciendo algún tipo de *tertium quid*, algún tipo de tercer algo más. Sin embargo, esto no implica que las dos naturalezas estén simplemente yuxtapuestas, una al lado de la otra sin contacto ni interacción.

En cambio, hay una transferencia de atributos en el sentido de que los atributos de ambas naturalezas coexisten en una sola persona. Por eso la Escritura puede decir que el hijo de Dios encarnado puede simultáneamente sostener el universo,

Colosenses 1:17, perdonar el pecado, Marcos 2:10, tener hambre y sed, crecer en sabiduría y conocimiento, Lucas 2:52, e incluso morir. Una vez más, por eso la Escritura puede decir que Dios el hijo encarnado puede al mismo tiempo sostener el universo, Colosenses 1:17, perdonar el pecado, Marcos 2:10, perdonar el pecado de una manera en que nosotros no podemos perdonar el pecado.

No es algo como, Jack, lo siento, hermano, ¿podrías perdonarme, por favor? No, es algo como, hombre, tus pecados te son perdonados. Y para que el mundo sepa que el hijo del hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados, un milagro invisible. Haré uno visible, dice Jesús.

Toma tu lecho y anda. Así es como él perdona los pecados. Él perdona los pecados como Dios perdona a los pecadores.

Al mismo tiempo, esta persona divina-humana que sostiene el universo y perdona los pecados, se vuelve hambrienta y sedienta. Está sentado junto al pozo en Juan 4 porque está cansado de su viaje. Crece en sabiduría y estatura y en gracia ante Dios y los hombres, Lucas 2:52, e incluso podría morir, y murió.

Por eso el Hijo es el sujeto de la encarnación en todos sus actos y experiencias, involucrando ambas naturalezas, cada una a su manera distintiva. Como Karl Barth expresaría más tarde este punto en el Hijo encarnado: “Dios mismo habla cuando este hombre habla en lenguaje humano. Dios mismo actúa y sufre cuando este hombre actúa y sufre como hombre. Dios mismo triunfa cuando este triunfa como hombre”. *Dogmática de la Iglesia* 4.2.

En quinto lugar, el Hijo tomó para sí una naturaleza humana completa, que estaba compuesta de un alma racional y un cuerpo. Calcedonia insiste en que la humanidad de Jesús, para ser una humanidad completa, tenía que ser más que un cuerpo.

Tenía que consistir en una psicología humana completa similar a la nuestra. Calcedonia distingue claramente a la persona del alma y ubica al alma como parte de la naturaleza humana. Al hacerlo, insiste en la cristología de la palabra hombre, no solo en la cristología de la palabra carne.

La palabra no se apropió de una mera carne humana, sino de una naturaleza humana completa, compuesta de cuerpo y alma. Rechaza la idea de que el hijo sustituya al alma humana. El hijo o el logos la sustituye y afirma implícitamente que Cristo tenía voluntad y mente humana, no lo dijo explícitamente, lo que aparece más tarde en la cristología patrística.

Como se puede imaginar, cuando alguien no lo hizo, cuando la gente lo negó, la teología de la controversia se extendió por todas partes. Implícitamente afirma que Cristo tenía una voluntad y una mente humanas, aunque esta última afirmación no

se formuló ni se formalizó hasta el sexto concilio ecuménico en el año 681. En pocas palabras, estos cinco puntos capturan el corazón de la definición de Calcedonia.

Aunque el credo no es idéntico a la Escritura en cuanto a autoridad, es una declaración que establece los puntos básicos que debemos confesar, articular y defender con respecto a la identidad de Cristo. Como declaración confesional, establece los parámetros dentro de los cuales la iglesia debe teologizar para captar con precisión al Jesús de la Biblia. Como afirma el preámbulo de Calcedonia, fue escrito teniendo como telón de fondo la Escritura y toda la tradición patristica.

Y como señala Grillmeier , “pocos concilios han estado tan arraigados en la tradición como el concilio de Calcedonia, cita cerrada. De esta manera, como reconoce Brown, Harold OJ Brown, la definición de Calcedonia, cita, se convirtió en nuestro estándar para medir la ortodoxia, donde se rechaza tanto su afirmación de la deidad de Cristo como de su humanidad. Significa que la ortodoxia histórica ha sido abandonada. El credo de Calcedonia no es un programa teológico, sino más bien un conjunto de límites más allá de sus confines. La teología casi invariablemente degenerará en escepticismo, incredulidad o herejía ” . *Creeds, Councils, and Christ* es el nombre del libro de Brown.

Dicho esto, sin embargo, la definición ha sido objeto de constantes ataques, especialmente desde la época de la Ilustración. La mayoría de estos ataques se deben al rechazo del cristianismo histórico y a su sustitución por otras cosmovisiones. Sin embargo, algunos miembros de la Iglesia, tanto católicos como protestantes, también la han criticado.

Consideremos brevemente algunas de esas críticas para concluir la cristología patristica. En primer lugar, algunos han criticado a Calcedonia por su dependencia del pensamiento filosófico griego en el uso de términos como ousia , apostasis , etcétera, esencia, ser, naturaleza, etcétera, persona. Según la crítica, debido a esta influencia, la enseñanza bíblica ha sido distorsionada inadvertidamente y la cristología se ha reducido a especulación metafísica.

Por varias razones, esta crítica es inexacta. Por un lado, la cuestión no es el uso de un lenguaje filosófico extrabíblico, ya que toda teología lo hace inevitablemente. La cuestión es, en cambio, si ese lenguaje, cualquiera sea el siglo del que provenga, conduce a una distorsión del lenguaje y la enseñanza bíblicos.

Por otra parte, aunque se emplearon palabras del siglo V, Calcedonia las utiliza de maneras muy poco griegas. Por ejemplo, como se presenta, en ningún lugar del pensamiento griego se hace la distinción entre naturaleza y persona. Pero la iglesia distinguía entre ousia , naturaleza, y apostasis , persona, porque las Escrituras así lo exigían.

Además, como MacLeod señala perspicazmente, la teología de Calcedonia es radicalmente antigriega. Citando a Donald MacLeod en *Person of Christ*, la teología griega simpatizaba con la idea de las teofanías, dioses en forma humana, y con la idea de las adopciones divinas, en las que un dios podría tomar el control de una personalidad humana. Pero Calcedonia es el lenguaje de la encarnación.

Se habla de la encarnación de una persona divina. Aquí, Dios mismo entra en una existencia terrena, histórica, de modo que podemos decir que este hombre es hijo de Dios y que en este individuo concreto, Dios vive una vida verdaderamente humana. Esto va mucho más allá de la teofanía y de la adopción.

Eso, hasta donde puedo ver, dijo MacLeod, es un concepto profundamente antigriego, cita cerrada. Pero esta crítica va más allá, sostiene Wellum, y está relacionada con la objeción antes mencionada a la cuestión de si es necesario seguir empleando las mismas palabras que utilizó Calcedonia o si podemos traducir la terminología del siglo V al lenguaje contemporáneo. Ésa es la cuestión.

¿Es posible, por ejemplo, traducir *apostasis* y *ousia* y la metafísica que las sustenta a un vocabulario más actual? En teoría, la mayoría estaría de acuerdo con MacLeod en que es posible, como él nos recuerda, no es más difícil trasladar el lenguaje de *ousia*, *fusis* y *apostasis* a nuestro propio tiempo de lo que fue trasladar el lenguaje de San Pablo, *morphe*, *homoionoma* y *acone*, por ejemplo. Sin embargo, la cuestión de la traducción no es fácil, especialmente cuando la gente simplemente no está traduciendo la terminología antigua a la nueva, sino que en realidad está cambiando el significado de los términos. En segundo lugar, también se ha acusado a Calcedonia de ser dualista.

Parece situar las dos naturalezas una al lado de la otra en una sola persona, de modo que cada naturaleza devuelva sus propios atributos, reteniendo los suyos propios, lo que conduce a la práctica de atribuir algunos aspectos de la existencia de Jesús a su naturaleza humana y otros a su naturaleza divina, sin ninguna relación específica entre ellos. Así, por ejemplo, en el caso de la impasibilidad y la inmutabilidad, León afirma, y muchos otros que le siguen, que Jesús, cito textualmente, era capaz de morir en una naturaleza e incapaz de morir en la otra, cita cerrada. Calcedonia enseña que el Jesús histórico tiene una especie de existencia dual como Dios y como hombre.

¿Cómo podemos darle un sentido coherente a esto? En verdad, responder a esta objeción nos lleva al corazón de la teología sobre la Encarnación. La forma de responder a esta crítica distingue varias formulaciones cristológicas. Es suficiente decir en este punto que la razón por la que Calcedonia fue necesaria fue para evitar varios intentos heréticos de responder a esta pregunta de manera no bíblica.

De hecho, Calcedonia sirve de advertencia y de protección contra el intento de superar el dualismo. Calcedonia, junto con la Escritura, mantiene en tensión la unidad de la única persona divina, el Hijo, que, como resultado de la Encarnación, ahora subsiste. Vive, existe en dos naturalezas.

Las Sagradas Escrituras y Calcedonia se niegan a mezclar las naturalezas duales de Cristo o a renunciar a la unidad de la persona que actúa en y a través de estas naturalezas. Además, como insiste McLeod, Calcedonia insiste positivamente, y cita, en la unidad existencial de la persona de Jesús. Hace hincapié en que, aunque hay dos naturalezas, sólo hay una hipóstasis o prosopon, una persona.

Esto quiere decir que, sin pretender resolver el problema, se insiste en la unidad sin pretender explicarlo. En otras palabras, se respeta el misterio. Vuelvo al punto de partida.

En la Biblia se revelan dos misterios gigantescos: la trinidad de Dios en la unidad y las dos naturalezas en la persona de Cristo. Al final, Calcedonia deja claro que debemos afirmar, como lo hace la Escritura, que todas las acciones de Cristo son acciones de la persona. Él es el agente de todas las acciones, el que habla de todas las palabras y el sujeto de todas las experiencias.

Como resultado, Calcedonia no divide las acciones, palabras y experiencias de nuestro Señor entre las dos naturalezas. En verdad, busca hacer justicia a la presentación que la Biblia hace de Cristo sin resolver el dualismo a la perfección. Como tal, sirve como advertencia para todos aquellos que intentan hacerlo.

Explicar el misterio es transgredir. Si verdaderamente hay misterios divinamente revelados, hacemos afirmaciones, excluimos errores y luego respetamos nuestra propia ignorancia y las paradojas de la Biblia, sus misterios, sus antinomias. Nunca encontré una buena palabra para expresar eso.

En tercer lugar, de manera similar a la acusación de dualismo, a menudo se critica a Calcedonia por ser docetista a pesar de afirmar la plena humanidad de Cristo. ¿De dónde surge esta acusación? Del hecho de que el Credo declara que es una naturaleza humana no asumida sin una persona humana, es decir, una hipóstasis, es decir, una humanidad impersonal. Y como dice la objeción, ¿qué sentido tiene la atribución a Cristo de una naturaleza plena y completa, incluyendo una mente y voluntad humanas, si esa naturaleza no puede funcionar como lo hace la nuestra, es decir, no normalmente como lo hace la nuestra con una persona humana? ¿Cómo afirmamos el carácter autoactivador del hombre Jesús sin dar lugar a dos sujetos o dos personas y caer así presa de la herejía nestoriana? ¿Y no es la negación de Calcedonia de que Cristo tenga una persona humana una admisión implícita de docetismo? En el centro de esta acusación está el dar sentido a las limitaciones humanas de Jesús, específicamente sus limitaciones de conocimiento y poder.

Véase Marcos 13:32, Lucas 2:52, si el sujeto actuante de la Encarnación es el Hijo Divino. Me ocuparé de esto más adelante durante la sistemática, pero por ahora es crucial recordar que la afirmación de Calcedonia de una hipóstasis no estaba diciendo que faltara algo en la humanidad de Cristo, sino que era una negación de dos sujetos actuantes de Cristo y, por lo tanto, un rechazo del nestorianismo. No había un hombre separado. Ésa es la cuestión.

En ese sentido, su naturaleza humana era impersonal. No me gusta la manera en que la Iglesia dijo que, como nunca fue impersonal, era inexistente y, luego, desde el nanosegundo de su existencia en el vientre de María, fue impersonal en virtud de la unión con la Palabra. Y, sin embargo, entiendo su punto de vista, pero su punto conduce a esta crítica que no es justa en última instancia.

Afirmar la existencia de una persona humana junto a la persona del Hijo significaría que Jesús no era, de hecho, el Hijo encarnado, sino simplemente un hombre que era especialmente amigo del Hijo. Además, dado que Calcedonia utilizó la palabra persona en un sentido ontológico, no psicológico, no está negando la completitud de la psicología humana de Cristo, ya que ésta forma parte de su naturaleza humana. Más bien, Calcedonia está afirmando que el único sujeto activo de las experiencias humanas de Cristo era un Hijo divino y, por lo tanto, había tenido lugar una encarnación real.

Entonces, ¿me gusta una hipóstasis? No, que la humanidad del Hijo fuera impersonal. No me gusta, pero entiendo lo que dice. No hubo un hombre separado, Jesús, en quien Dios vino y habitó.

No, por otra parte, su humanidad nunca fue una persona separada, y nunca fue impersonal en el sentido de que desde el principio, su personalidad fue la personalidad del Hijo divino que tomó para sí la verdadera humanidad. Así, la naturaleza humana de Jesús era en sí misma personal. ¿Dónde nos deja esto ahora? E. L. Maskell lo expresa bien: “Calcedonia es la verdad y nada más que la verdad, pero no es toda la verdad”.

En otras palabras, Calcedonia establece los parámetros y coloca las barreras de seguridad dentro de las cuales se desarrolla actualmente el debate cristológico. Ojalá se hubiera mantenido dentro de las barreras de seguridad, las barreras de seguridad. Esperen a verlo.

¡Oh, Dios mío! En última instancia, sólo las Escrituras pueden servir como nuestra autoridad final, pero descuidar la definición de Calcedonia es un riesgo para nosotros mismos. Lo que se necesita es una mayor reflexión sobre las Escrituras a la luz de Calcedonia y, de hecho, esto es precisamente lo que ocurrió en los años posteriores de la historia de la Iglesia.

Calcedonia no puso fin a todo el debate cristológico, sino que siguió guiando y dirigiendo el pensamiento a la luz de más preguntas y desafíos. Con esto concluye mi estudio de la cristología patrística.

Voy a hacer una pequeña introducción a la cristología moderna. Algunos antecedentes y me salgo un poco del orden temporal. Tal vez entiendan por qué. El movimiento de las vidas de Jesús.

El resultado más tangible de una nueva actitud hacia la Biblia, es decir, una actitud crítica, en el siglo XIX (y, sin duda, nos adentraremos en el siglo XVIII) fue la oleada de biografías de Jesús que se produjeron. El siglo XIX en su conjunto estuvo dominado por una renovación espectacular del interés por las cuestiones históricas, así como por avances en la metodología histórica, y el siglo XVIII mostró poco interés por estas cuestiones.

Descartes sostuvo que la historia no tenía ni la certeza de la filosofía ni la precisión de la ciencia. Voltaire, considerado el más grande historiador de su tiempo, dedicó la mayor parte de su vida a la filosofía y sólo al final se dedicó a cuestiones históricas. Kant no sólo no se interesaba por la historia, sino que también la despreciaba.

En el siglo XIX se produjo un cambio radical de estas actitudes. En Hegel y Marx, la historia se convirtió en el medio para hacer filosofía. Para Hegel, mostraba cómo los principios racionales que estructuran la realidad se habían desarrollado para nuestro estudio.

Para Marx, la historia exponía los principios por los que se determinaban todas las sociedades y a la luz de los cuales se podía predecir el futuro. Aunque Marx se jactaba de haber puesto a Hegel patas arriba, su elevada estimación de la importancia de la historia para la comprensión humana era muy similar a la de Hegel. Esta renovación, a su vez, estimuló la búsqueda de métodos de estudio más aceptables que le otorgaran respetabilidad a la materia.

En estudiosos como von Ranke, esto dio como resultado un análisis vigoroso de las fuentes, una confianza en que las técnicas científicas y la objetividad podían transferirse al análisis histórico y, a menudo, una confianza extraordinaria en las capacidades de la naturaleza humana. El problema, por supuesto, es que los asuntos humanos no son susceptibles de análisis científico de la misma manera que lo son las leyes de la gravedad. Las llamadas técnicas objetivas que utilizaron los historiadores positivistas dieron lugar a una diversidad de interpretaciones, que se convirtió en una vergüenza tanto como lo sería si los científicos de hoy siguieran llegando a conclusiones completamente diferentes sobre cómo funciona la gravedad.

Mientras tanto, sin embargo, el nuevo entusiasmo por la historia, unido a las nuevas técnicas para su estudio, se trasladó a la teología, donde se fusionaron con los estudios críticos que se estaban haciendo sobre las Sagradas Escrituras. Fue esta polinización cruzada de disciplinas lo que produjo la vida de la literatura de Jesús. Sin embargo, también es importante señalar el clima en el que floreció esta literatura.

En ningún otro lugar se expresó mejor esto que en *¿Qué es el cristianismo?*, de Adolph Harnack, publicado a principios del siglo XX. El libro de Harnack se nutría de una sensación casi trágica de que, para las masas de la gente moderna, Jesús se había vuelto irrelevante. Era tan irrelevante para ellos como la época en la que vivió.

Por lo tanto, lo que Harnack intentó hacer fue captar el significado del cristianismo como una idea, una idea que se había realizado en Jesús y a través de él, pero que no estaba definida por Jesús ni limitada a él. En esto se encontraba el meollo del análisis de Harnack, que era el programa del liberalismo protestante.

El cristianismo fue histórico en el sentido de que se centró en Jesús, pero no en el sentido de que Jesús definió su significado. Esta formulación se llevó a cabo con motivos apologéticos, con la esperanza de que el cristianismo resultante se ajustara más fácilmente a las normas asumidas por sus despreciadores cultos, para citar a Schleiermacher. Lo que es interesante, sin embargo, es que Harnack afirmó que llegó a sus conclusiones mediante los métodos de la ciencia histórica y no como apologeta o filósofo religioso, lo que de hecho era sin saberlo.

Es la ceguera inherente del modernismo. Tanto en la Europa continental como en Gran Bretaña, escribir sobre la vida de Jesús se puso de moda. Entre los victorianos, dice Daniel Powles, este era un tema que atraía tarde o temprano a todo tipo de escritor, devoto, radical, clerical o excéntrico.

En Europa se produjeron obras nuevas y muy conocidas de David Strauss, Christian Weisse, Bruno Bauer, Ernest Renan y Maurice Gauthier, entre otros. En Gran Bretaña, los estudios de J. R. Seeley, Richard Hansen, F. W. Farrar y Alfred Edersheim, de tendencia conservadora, estuvieron entre los más difundidos. Albert Schweitzer fue quien se encargó de acabar con este movimiento.

Schweitzer parece ser un incrédulo reticente, pero era un genio con doctorados en música, medicina y teología que fue a África en misiones médicas y terminó adorando a la creación. Yo terminé siendo panteísta. Después de una revisión exhaustiva y a veces tediosa de obras escritas principalmente en Alemania, concluyó que los autores habían "jugado con la historia verdadera" al leer en los relatos de los evangelios una imagen imaginaria e idealizada de Jesús.

De hecho, el Jesús que surgió de la mayoría de estos estudios era tan parecido a los autores liberales que los escribieron que Schweitzer observó que debían haber

estado mirando hacia el fondo del largo pozo de la historia humana y haber visto sus propios rostros reflejados en el fondo. Era un genio. También concluyó que Jesús era el falso profeta.

Ser un genio no salva a nadie. Comparado con 1 Corintios 1, no muchos genios se salvan. Tal vez magnifique la gracia de Dios salvar a más simples mortales que genios, no lo sé.

Allí, Jesús era “una figura diseñada por el racionalismo, dotada de vida por el liberalismo y revestida por la teología moderna con un ropaje histórico”. ¡Vaya, qué bueno es! Era una figura que ahora se ha “deshecho a pedazos, cierra la cita, golpeada por los problemas históricos concretos” que dieron como resultado que esta cita fuera mitad histórica, mitad moderna. Jesús Schweitzer concluyó que nunca podría cumplir con las expectativas teológicas que habían inspirado su construcción.

El error fundamental que Schweitzer atribuyó fue suponer que Jesús podía significar más si se lo vestía como una persona moderna que si se lo dejaba tal como era en realidad. La verdadera importancia del movimiento no residía en sus descubrimientos históricos, que, en el mejor de los casos, eran mínimos.

Esta empresa fue, de hecho, un elaborado intento de romper los lazos de la doctrina tradicional, un intento llevado a cabo sobre las premisas de la Ilustración. Se pensaba que la historia era la clave de la realidad. Se trataba de una suposición extraordinariamente ingenua que se hundió en la dura roca de la realidad y cuyo fin fue declarado sin contemplaciones por Schweitzer.

el fracaso abismal del movimiento hirió a la comunidad teológica. Es una herida que, hasta el día de hoy, se ha negado a sanar. En nuestra próxima conferencia comenzaré hablando del protestantismo liberal.

Les habla el Dr. Robert Peterson en su enseñanza sobre Cristología. Esta es la sesión 5, Cristología patrística, parte 4, El monofisismo y el Concilio de Calcedonia.